
Rubinzal, M. y Beltramone J. (junio, 2026). "Entre la ciudad y el campo: bibliotecas populares y prácticas de lectura en Santa Fe durante la primera mitad del siglo XX". En *Catalejos. Revista sobre lectura, formación de lectores y literatura para niños*, 22 (11), pp. 22 – 47.

Título: Entre la ciudad y el campo: bibliotecas populares y prácticas de lectura en Santa Fe durante la primera mitad del siglo XX

Resumen: Este artículo analiza, bajo una perspectiva histórica, dos bibliotecas populares santafesinas desde sus orígenes hasta mediados del siglo XX: la Biblioteca Popular Mariano Moreno en la ciudad capital y la Biblioteca Popular Centro Rivadavia en la localidad de San Carlos Centro. El estudio indaga en las formas que adoptaron estas instituciones en contextos urbanos y rurales, evaluando su impacto en los procesos de modernización cultural local. La elección de los casos responde a su surgimiento casi simultáneo, lo que facilita la observación de sus formas de organización, normativas, vínculos y las acciones de lectores y gestores. Asimismo, se identifican rasgos diferenciales de carácter geográfico, económico y cultural. Esta perspectiva permite vincular las bibliotecas con procesos de modernización más amplios y problemáticas comunes a otros espacios regionales. La investigación se basó en fuentes diversas, incluyendo documentos institucionales de los archivos de las bibliotecas, prensa, fotografía local y expedientes gubernamentales.

Palabras clave: Bibliotecas Populares, Dispositivos culturales, Lectores, Modernización.

Title: *Between the City and the Countryside: Popular Libraries and Reading Practices in Santa Fe during the First Half of the 20th Century*

Abstract: *This article analyzes, from a historical perspective, two popular libraries in Santa Fe from their origins until the mid-twentieth century: the Mariano Moreno Popular Library in the capital city and the Centro Rivadavia Popular Library in the town of San Carlos Centro. The study investigates the forms these institutions took in urban and rural contexts, evaluating their impact on local cultural modernization processes. The selection of these cases is based on their nearly simultaneous emergence, which facilitates the observation of their organizational structures, regulations, networks, and the actions of both readers and managers. Additionally, it identifies differential geographic, economic, and cultural traits. This perspective allows for linking the libraries to broader modernization processes and common issues in other regional spaces. The research was based on diverse sources, including institutional documents from library archives, the press, local photography, and government records.*

Keywords: *Popular libraries, Cultural devices, Readers, Modernization.*

Entre la ciudad y el campo: bibliotecas populares y prácticas de lectura en Santa Fe durante la primera mitad del siglo XX

Mariela Rubinzal¹

Jorgelina Beltramone²

Confiaba en la lectura casi con superstición.
Creía que la renovación del mundo vendría
por el amor y por el libro.

Manuel Gálvez

Bibliotecas situadas: una introducción

Las bibliotecas populares —organizadas por vecinos o grupos políticos en todo el territorio nacional— fueron un pilar fundamental de la vida social y cultural de la Argentina moderna, por lo que constituyen un objeto de estudio en sí mismo. (Pasolini, 1997; Quiroga, 2003; Parada, 2007; Martocci, 2015; Sik, 2018; Lanzillotta y Oviedo, 2018; Fiebelkorn, 2021, 2025; Planas, 2022; Mayol, 2023; Agesta, 2025a; entre otros). En la provincia de Santa Fe, como en otros lugares del país, se han incrementado los trabajos historiográficos sobre diferentes bibliotecas de la ciudad de Rosario (Nicoletti, 1998; Malla, 2006; Rabinovich, 2009; Fernández, 2013; García, 2014; De Marco, 2013; Roldán, 2014) mientras que los de la capital santafesina provienen sobre todo del campo de la bibliotecología (Rodríguez, 2017; Martínez, 2019; González, 2023). Menos estudiadas han sido las bibliotecas rurales y semirurales de la provincia, aunque existen algunas investigaciones de referencia

¹ Licenciada en Historia por la Universidad Nacional del Litoral, Especialista en Métodos y Técnicas de Investigación Social, (CLACSO), Doctora en Historia por la Universidad Nacional de La Plata. Investigadora Adjunta del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas Técnicas (IHUCSO-Litoral) y Profesora de Investigación Social I, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la UNL. Actualmente dirige el proyecto “Las bibliotecas y sus archivos: insumos para la enseñanza de la historia y la construcción de la memoria local” (Agencia Santafesina de Ciencia, Tecnología e Innovación). Ha publicado libros, artículos y capítulos sobre la historia político-cultural del siglo XX. Correo electrónico: mariela.rubinzabal@gmail.com

² Profesora de Historia (FHUC-UNL), y doctoranda en “Estudios Sociales” (FHUC-UNL). Becaria doctoral de CONICET radicada en IHUCSO-Litoral (UNL-CONICET). Integrante del Proyecto “Las bibliotecas y sus archivos: insumos para la enseñanza de la historia y la construcción de la memoria local” (Agencia Santafesina de Ciencia, Tecnología e Innovación Secretaría de Ciencia, Tecnología e Innovación. Ministerio de Desarrollo Productivo, 2026-2027). Correo electrónico: jorgelinabeltramone@gmail.com

para la zona centro-norte (Baretta, 2021; Manera, 2025) que forman parte de los antecedentes de este artículo. Nuestro trabajo se inscribe en este campo y propone aportar conocimiento sobre dos bibliotecas situadas en el territorio santafesino desde una perspectiva histórica: la Biblioteca Popular Mariano Moreno (1912), en la ciudad capital de la provincia, y la Biblioteca Popular Centro Rivadavia (1911), ubicada en la localidad de San Carlos Centro, departamento Las Colonias.³ Ambas siguen funcionando en la actualidad no solo como centros de lectura sino como espacios de socialización, consumo cultural, intercambios entre lectores cuyas experiencias nutren la historia cultural de la región.

¿Han mantenido las bibliotecas su capacidad para atraer lectores en la misma medida que hace un siglo? ¿Ha variado la composición societaria en nuestros días? ¿Cómo ha evolucionado la forma de acceder a los libros, y qué diferencias median entre las modalidades de lectura contemporáneas y las del pasado? Desde estos interrogantes iniciamos la búsqueda de fuentes históricas de diversas procedencias ya que el corpus reúne prensa local, documentos gubernamentales, fuentes privadas e institucionales, fotografías de la época. El análisis documental de las fuentes preservadas por las bibliotecas solo ha sido posible en un caso donde se analizaron actas, libros contables, memorias de presidencias, datos de socios, catálogos, correspondencias (Centro Rivadavia). En la biblioteca Mariano Moreno, en cambio, la humedad característica de la región y las prácticas de conservación inadecuadas han provocado pérdidas irreparables. No obstante, se han relevado expedientes gubernamentales provinciales y municipales que incluyen reglamentos y estatutos, actas y cartas con diversos pedidos e información valiosa para la reconstrucción histórica. Los registros de préstamos —con datos invaluable sobre preferencias y tiempos de lectura— solo han sido accesibles en la biblioteca de San Carlos Centro. Aun así, mediatizados por los criterios estadísticos, los Anuarios

³ En línea recta, esta localidad y la capital están separadas por 37 kilómetros en dirección este. La conexión entre ambas se estableció principalmente con el Ferrocarril de Santa Fe (FCSF) que conectaba con Esperanza (1856), Colonia San José (1871), Franck (1870), Las Tunas (1868) y San Carlos (1886). A inicios del siglo XX, con el crecimiento de la población y la mayor circulación de bienes y servicios, el funcionamiento de dicho ramal resultaba insuficiente, tal como consta en los reclamos de los sancarlinos solicitando el paso del Ferrocarril Central Argentino (*El comercio*, 9 de septiembre de 1917). Otro modo que pervivió hasta inicios del siglo XX es el transporte tirado a caballos por caminos de tierras que unían a las localidades (actualmente es la ruta 19). Poco a poco fue creciendo el uso de automóviles públicos y privados.

Municipales brindan datos sobre los géneros más solicitados en algunas bibliotecas de la capital, lo que permite —con todas las precauciones del caso— identificar tendencias de lectura en el caso de la Mariano Moreno. Recurrimos a la comparación como herramienta metodológica, con la convicción de que esta “forma de aproximación permite ensanchar el horizonte de preguntas y de problemas, eludir riesgos de anacronismos, de unilateralismos (las causas endógenas como excluyentes) y de provincialismos historiográficos”. (Devoto, 2004, p. 242)

La pregunta central de esta pesquisa es: ¿qué formas adoptaron las bibliotecas populares en contextos urbanos y rurales y cuál fue su impacto en los procesos de modernización cultural local? La elección de los casos estuvo signada principalmente por sus contextos de emergencia casi simultáneos, lo que permite observar influencias, vínculos y prácticas de actores sociales y políticos compartidos, así como identificar rasgos diferenciales principalmente geográficos, económicos y culturales. Al mismo tiempo, esta perspectiva nos permite vincular las bibliotecas a procesos de modernización más amplios estableciendo conexiones sobre problemas comunes a otros espacios regionales.

En el siguiente apartado abordamos el impacto cultural de la modernización urbana y rural en las cuales surgen las bibliotecas. Luego indagamos en los orígenes de las instituciones, en sus dirigencias y modos de organización, en las normas y reglas que daban vida a las bibliotecas. Posteriormente, nos centramos en los lectores y en las experiencias de lectura que hemos podido reconstruir a partir de los reglamentos, actas y los libros de préstamos de los socios. Por último, el lector encontrará una reflexión sobre el rol de estos dispositivos culturales en los procesos de modernización local utilizando la comparación como herramienta de aproximación a las distintas modernidades que atraviesan un mismo espacio provincial.

La modernización en tensión: entre lo rural y lo urbano

Si la categoría modernización refiere al conjunto de los procesos sociales que cambian al mundo a través de una vorágine (Berman, 1989), en nuestro país la inmigración masiva, ocurrida entre 1881 y 1914, fue uno de los hechos más destacados. En ese período llegaron más de 4.200.000 inmigrantes de diversas

nacionalidades —predominantemente, italianos— quienes conformaron una parte vital de la población, especialmente en ciudades y pueblos del Litoral (Martirén, 2016).⁴ Entre las condiciones que impulsaron este fenómeno poblacional destaca la expansión de la frontera agropecuaria, acompañada por el crecimiento de la red ferroviaria, que generó actividades conexas (comercio y servicios) desarrolladas en gran medida por los recién llegados.

San Carlos Centro era una localidad con 2.806 habitantes, (*Tercer Censo Nacional, 1914*) la cual definimos como semirrural porque mostraba una realidad híbrida: una orientación agrícola-ganadera que se combinaba con una incipiente actividad industrial y comercial, y una dependencia de actividades-servicios con la ciudad capital. Allí predominaban vínculos sociales de cercanía propios de las comunidades rurales (Castro, 2018), con un fuerte predominio de relaciones cara a cara. En los años veinte ya contaba con una agencia Ford, ampliándose el acceso a los automóviles de tal forma que se instaló un surtidor de nafta en la plaza central (*Libro de actas Comisión de Fomento, 10 de septiembre de 1920, p. 41*). La ciudad de Santa Fe (sin sumar sus alrededores) contaba en 1914 con 59.574 habitantes (*Tercer Censo Nacional, 1914*) allí predominan -además del movimiento administrativo y gubernamental- las actividades industriales y el comercio a gran escala a través de la actividad portuaria. En esta ciudad comenzó un rápido proceso de modernización a fines del siglo XIX que implicó expansión demográfica, económica y productiva. Las estaciones ferroviarias que vinculaban el interior provincial con la capital colaboraron en darle a la ciudad el dinamismo propio de un polo de servicios para núcleos de menor envergadura (Citroni, 2023). Más allá de las características físicas de esta transformación (visibles en indicadores como la arquitectura racionalista, la fluidez del transporte público, el avance en las comunicaciones, etc.) nos resulta productivo pensar la ciudad “como un lugar de atravesamientos, como un espacio que es a la vez resultante del cruce de múltiples y diversos espacios, y que ofrece un soporte físico para el juego de las significaciones en la lucha por hegemonizar la producción de lo simbólico” (Müller, 2011, p. 27).

⁴ En San Carlos había familias francesas, italianas, alemanas y suizas (Bouchard, 1882).

Teniendo en cuenta estas nociones, dentro de la región del centro-oeste santafesino existieron diferentes experiencias de modernización marcadas por la estructura productiva y la concentración poblacional, así como también por “tramas de valor no económicas” (Caracciolo, 2025, p. 21). En efecto, la modernización se extendió a diversas esferas de la vida social: ampliación de la ciudadanía política, expansión de la alfabetización, creación de nuevos ámbitos de sociabilidad, complejización del estado, construcción de una novedosa fisonomía urbana y aplicación de nuevos conocimientos en la producción rural. En cuanto a la dimensión política, por estos años la provincia estuvo dominada por una sucesión de gobiernos radicales durante 18 años ininterrumpidos (desde 1912 hasta el golpe de estado de 1930),⁵ luego del golpe de estado -y de la intervención militar- siguió el gobierno demoprogresista de Luciano Molinas (1931-1935) y los conservadores de Manuel María de Iriondo (1937-1941) y, su sucesor, Joaquín Argonz (1941-1943). En este escenario emergió y se consolidó una cultura de masas, arraigada en las ciudades, pero que irradiaba a sus zonas circundantes, que democratizó el consumo de productos culturales, incluyendo el acceso a los libros.

En efecto, desde el siglo XIX en los espacios semirurales y rurales circulaban materiales de lectura gracias al ferrocarril, a las nuevas rutas y caminos, llegando incluso a bibliotecas alejadas cuyas precarias condiciones no limitaron la expansión de la lectura (Planas, 2017). San Carlos contaba con la biblioteca Centro Rivadavia creada en 1911, pero muy cerca se encontraban la Biblioteca Popular Gottfried Keller creada en 1889 -que originalmente había sido un club de lectura- y la pequeña biblioteca de la Escuela Alemana (1870) formada por la donación de libros de particulares en San Carlos Sud. Existían dos periódicos locales -*El Obrero* (1901) y *El Comercio* (1910)- y una imprenta denominada “Giuseppe Mazzini”, fundada por Romualdo Passaponti en la cual se imprimían los diarios. Passaponti fue director de la biblioteca, periodista corresponsal de diarios nacionales e italianos, propietario de un kiosco-librería en la plaza, suscriptor de diversas revistas y consumidor de libros que donaba luego a la biblioteca del Centro Rivadavia. En la zona, la vida

⁵ Los sucesivos gobernadores radicales fueron: Manuel J. Menchaca (1912-1916); Rodolfo Lehmann (1916-1919); Juan Cepeda (1919-1920); Enrique Mosca (1920-1924); Ricardo Aldao (1924-1928); Pedro Gómez Cello (1928-1930).

cultural estaba protagonizada por asociaciones étnicas y culturales además de las instituciones educativas (estatales o particulares).⁶ San Carlos Centro presentó -al igual que otras colonias del territorio provincial- nuevas experiencias de urbanidad, con sensibilidades y estilos de vida modernos (Hourcade, 1999). Estas experiencias se plasmaron en la planificación del espacio urbano, un tejido de instituciones y asociaciones diversas, y en el despliegue de diversas formas de sociabilidad mediante ceremonias religiosas, festividades patrióticas y patronales locales, entre otras.

En Santa Fe, el mundo editorial era profuso contando con decenas de imprentas que hacían ediciones de autor y editoriales que fueron creciendo en su catálogo (Rubinzal, 2022, 2023). La industria periodística también fue variada: en las primeras décadas salían nueve diarios con diferentes tiradas, algunos de los cuales contaba con suplementos literarios y comentarios de libros recientemente editados; mientras que la cantidad de revistas literarias era notable.⁷ En cuanto a los cines, en 1915 existían en la ciudad 34 espacios de cine, entre los cuales había salas, cafés y lugares de proyección al aire libre. El acceso a los materiales impresos entre trabajadores y sectores populares, cuya vida cotidiana transcurría principalmente en los nuevos barrios de la capital, se daba a través de dispositivos de distinto orden: librerías (en 1912 había en la ciudad de Santa Fe 22 comercios de este rubro), bibliotecas públicas y populares (para 1945 la ciudad contaba al menos con 18, sin contar las escolares), asociaciones y puestos de diarios. Los nuevos lectores también podían asistir a las “mesas de lecturas” que funcionaban en clubes y asociaciones.⁸

Estos son algunos de los indicadores de la vida cultural de la ciudad y de la conformación de un público lector masivo gracias al avance de la escolarización. En

⁶ El campo educativo estaba conformado por la escuela fiscal n°365 “Domingo Faustino Sarmiento” fundada en 1874 y el Instituto Pestalozzi que nació como una escuela evangélica de canto, pero amplió su influencia en la enseñanza elemental. La sociedad italiana fundó también su escuela “Silvio Pellico” (1876) que mantenía la estructura de formación primaria italiana.

⁷ *Blanco y Azul* (1901), *La Cultura* (1902), *La Linterna* (1903), *La Templanza y Vida intelectual* (1904), *Vida santafecina* (1911), *La Crónica y La Razón* (1914), *La revista Argentina* (1915), *La Campana* (1919), *Pierrot* (1919), *Vida* (1922), *Troqueles* (1922), *Fidias* (1923), *Revista Municipal* (1926), *La Franja* (1931), *Vida Nueva* (1932), *Orientaciones* (1937), *Impulso* (1938), *Vínculo* (1938), *Nuestra Idea* (1938) y otras publicaciones pertenecientes a instituciones culturales, comerciales o políticas.

⁸ Bolsa de Comercio, Circulo italiano, Sociedad española, Club Gimnasia y Esgrima, las cuales ponían a disposición de sus socios diferentes publicaciones (*Anuario estadístico de la ciudad de Santa Fe*, 1935, p. 12).

la ciudad de Santa Fe la población escolar que recibía o había recibido instrucción era de 6.876 en 1912, 8.249 en 1918, y 11.722 en 1925. En San Carlos, existía la misma tendencia: eran 466 en 1912; 509 en 1918 y 724 en 1925. (*Censos escolares de la Provincia de Santa Fe*, 1912, 1918, 1925). Para 1914 la provincia tenía un 33,8% de analfabetos, índice que en el transcurso de la década de 1930 se redujo progresivamente hasta llegar a un 14,9% (en 1943). (Campobassi, 1944, pp. 10-32). No obstante, la ampliación de lectores y la producción de materiales impresos no aseguraban por sí solos la lectura. Esta práctica, que requiere múltiples competencias, depende de algo fundamental: el deseo de leer (Horowitz, 2016). Esta pulsión se encuentra viva en los orígenes de las bibliotecas populares que, junto a la conquista de tiempo de ocio entre los trabajadores y a la creencia en el progreso personal a través del conocimiento, favorecieron la difusión de la lectura tanto en la ciudad como en los espacios semirurales de la provincia.

Los dispositivos culturales: entre las subjetividades, los valores sociales y el control

Las bibliotecas, en tanto dispositivos culturales, son parte de una red conformada por instituciones, prácticas, saberes y discursos que tienen un enorme impacto social al disponer el terreno donde surgen y se configuran las identidades. Estos dispositivos, cuyas dimensiones materiales y simbólicas producen “procesos de subjetivación” (Agamben, 2014), organizan un marco de regulaciones y controles en función de valores socialmente relevantes.⁹ La biblioteca Mariano Moreno de la ciudad de Santa Fe, fundada el 5 de octubre de 1912 por vecinos de un barrio de familias obreras, dinamizó al vecindario a través “de iniciativas morales y sociales” (*El Litoral*, 10 de diciembre de 1932). Los primeros estatutos fueron aprobados por el gobernador Manuel Menchaca y su ministro de gobierno Antonio Herrera en diciembre de ese año. En ese documento se definían los propósitos de la

⁹ El término “dispositivo” remite a la enciclopedia foucaultiana designando un conjunto heterogéneo de elementos lingüísticos y no lingüísticos que se inscriben en una relación de poder y de saber, y que tiene una función estratégica. Ampliando la definición refiere “a un conjunto de praxis, de saberes, de medidas, de instituciones cuyo fin es gestionar, gobernar, controlar y orientar en un sentido que se pretende útil los comportamientos, los gestos y los pensamientos de los hombres” (Agamben, 2014, p. 17). En este edificio teórico Agamben introduce los procesos de subjetivación que se activan en los dispositivos impactando en la identidad y conformando, en nuestro caso, a los lectores de las bibliotecas (dispositivos).

biblioteca entre los cuales, además de impulsar la lectura, se planteaba “llevar adelante toda obra que se relacione con la educación y adelanto moral y material de la población” (*Estatutos Biblioteca Mariano Moreno*, 1912, p. 3). La biblioteca del Centro Rivadavia de San Carlos Centro, fue fundada en 1911 como una sección anexa dentro del Club Atlético. A lo largo de su primera década de existencia, los intereses deportivos fueron dando lugar a las actividades culturales, literarias y sociales. En efecto, en la redacción de los estatutos se dio relevancia al rol que esta institución tenía como gestora de instancias de sociabilidad y como articuladora social. En el periódico sancarlino *El Comercio*¹⁰ (propiedad de los hermanos Tourn, quienes también formaron parte de la comisión directiva de la biblioteca) se hacía un llamado a contribuir con la biblioteca resaltando “los hermosos frutos que produce la lectura sana y moral en los destinos del hombre”. (*El Comercio*, 30 de abril de 1911) Estas expresiones iluminan el clima de expectativas por la instalación de bibliotecas que permitieron efectivamente ampliar el acceso al libro y el saber, tal como habían planteado las concepciones sarmientinas de fines del siglo XIX.

Las bibliotecas fueron creadas por sujetos (y, al mismo tiempo, ellas incidieron en producción de subjetividades) cuyas acciones signaron su larga vida institucional. Los ciudadanos que fundaron y gestionaron las bibliotecas estaban comprometidos con el progreso cultural y educativo de sus socios y con la creación de lazos fomentando “la unión y la protección mutua entre sus asociados” (*Estatutos Biblioteca Mariano Moreno*, 1912, p. 3). Para lograr este ideal, una cuestión importante fue reducir los conflictos dentro de las instituciones. En la biblioteca capitalina los juegos de azar estaban prohibidos y el intercambio entre los miembros de la comisión directiva cuidadosamente reglamentado. Estos no podían interrumpir la palabra durante las reuniones, tampoco emplear “términos inconvenientes o violatorios” del reglamento, ni podían “hacer uso de la palabra más de tres veces sobre el mismo asunto, a menos que se declare libre el debate” (*Estatutos Biblioteca Mariano Moreno*, 1912, pp. 6-7). En la reforma de los estatutos de 1931 se dejaba claro que en las asambleas “cuando un socio se saliere de la cuestión en debate o vertiere términos injuriosos o conceptos indecorosos, el

¹⁰ El periódico de tirada dominical comenzó a ser publicado en San Carlos en 1910. Tuvo una larga preeminencia hasta mediados del siglo XX.

presidente podrá usar la atribución conferida en el artículo 21” que habilitaba a expulsar y suspender socios que transgredieran las disposiciones de los estatutos. Este tipo de incisos sugieren la existencia de roces, desacuerdos y conflictos en la biblioteca, especialmente entre quienes la gestionaban. La comisión estaba compuesta por cargos que duraban dos años, ocupados exclusivamente por varones y se renovaban por mitades.¹¹ La estructura socio-profesional es difícil de determinar, ya que la mayoría eran vecinos que no ocupaban lugares de relevancia económica o profesional en la sociedad santafesina. Las reuniones debían ser periódicas (en este caso, mensuales), ya que las tareas eran de lo más variadas: admitir socios, aplicar las multas a quienes violaban el reglamento, nombrar empleados, alquilar locales en caso de ser necesario, revisar las cuentas, poner en práctica proyectos, convocar a asambleas generales, comprar libros.

En la biblioteca del Centro Rivadavia, tal como sucedía en la Moreno, los tratos respetuosos eran medulares. En los primeros años de funcionamiento, se produjo un incidente entre el director de la sección biblioteca y el bibliotecario, quien lo atacó “en forma brutal” con insultos y gritos. Aparentemente, el ataque fue una respuesta violenta a las observaciones realizadas “de forma amigable” y en base al reglamento (*Correspondencia del Centro Rivadavia*, 24 de febrero de 1914). Finalmente, la comisión directiva respaldó al director, quien quedó confirmado en su cargo (*Libro de Actas*, 3 de marzo de 1914, p. 13). Algunas causas para perder la membresía fueron “defraudar a la sociedad” o violar los reglamentos vigentes. Otros límites se vinculan con ser culpables en la justicia ordinaria, “el que tuviese medios ilícitos de vida o recurriera a la mendicidad”, el que incurriera en faltas “de cualquier naturaleza” que lleven a la comisión a inhabilitar para que sigan siendo socios (*Libro de Actas N° 2, Estatuto*; 25 de agosto de 1933, p. 506). En suma, en ambos casos las comisiones se reservaban los derechos de admisión y estipulaban criterios excluyentes que signaron el funcionamiento de las bibliotecas en su dimensión más performativa y, al mismo tiempo, punitiva.

En dicha biblioteca no podían ser parte de la comisión quienes tuvieran algún vínculo comercial con la biblioteca o los empleados de esta, evitando un posible

¹¹ Los cargos eran: presidente, vice-presidente, secretario, pro-secretario, tesorero, pro-tesorero, diez vocales y un bibliotecario (*Estatuto de la Biblioteca Mariano Moreno*, 1912).

conflicto de intereses.¹² Pero, al mismo tiempo, el organismo tenía un amplio margen de discrecionalidad, por ejemplo, en el acto de aceptar o rechazar nuevos socios, donde los vínculos personales o los conflictos influían en las votaciones que decidían el ingreso del postulante. Asimismo, tanto en las asambleas, como en la misma biblioteca debía evitarse “toda discusión de carácter personal, religioso o político” (*Libro de actas, N° 2 Estatuto*, 11 de mayo de 1913, p. 2). Los cargos de comisión directiva eran similares a los de la Moreno, solo que se agregaba la función de director y vicedirector de la biblioteca, con atribuciones específicas vinculadas con el funcionamiento de esta. Las comisiones directivas estuvieron conformadas por varones de extracciones sociales medias-altas: propietarios de talleres o pequeños emprendimientos, comerciantes, profesionales, maestros, médicos, periodistas. En varias trayectorias se desarrolló una “multipertenencia”, (Agesta, 2025b, p. 37) es decir, los miembros de la biblioteca ocupaban puestos en comisiones directivas de diversas instituciones, por ejemplo, la Sociedad italiana, el Hospital Cosmopolita o en la misma Comisión de Fomento local. Los nombres que conforman las comisiones directivas desde sus orígenes muestran la tendencia a incluir médicos, dentistas, farmacéuticos, maestros, comerciantes, periodistas; algunos de ellos ocupando algunos puestos políticos, ya fuera como diputados o en oficinas públicas locales. En 1924 la biblioteca Centro Rivadavia habilitó la posibilidad de asociar a las mujeres, aunque no permitió la participación de estas en los escaños más altos de la toma de decisiones, expresando en la reglamentación que la comisión debía formarse con “doce miembros varones” (esta aclaración no aparecía en el estatuto original). En la reforma del estatuto de 1933 demarcaban expresamente que los cargos de presidente y vice debían ser desempeñados, otra vez, por varones. No obstante, a partir de 1935 comienzan a aparecer nombres de mujeres (María Luisa Mayol, Rosa Rotschy, Blanca Mavilla) ocupando las funciones de vicedirectora de la biblioteca, vocales, o bibliotecaria.

En cuanto a los orígenes de ambas bibliotecas, una diferencia radica en la inclusión del desarrollo deportivo en el caso de San Carlos, aspecto totalmente

¹² Para ser miembros de la comisión directiva, las condiciones eran las siguientes: tenían que ser varones (hasta la reforma de 1933 en la que se elimina esa restricción), mayores de veintidós años, residir en la localidad y contar al menos de un año de antigüedad como socio.

ausente en la biblioteca de la capital donde la única práctica competitiva que desarrollaba era el ajedrez. El estatuto del Centro sancarlino decía que uno de sus fines era “propender al desarrollo intelectual y físico de los socios” y “estrechar los vínculos sociales de sus adherentes por medio de conferencias, actos públicos, campeonatos, giras de recreo y otras diversiones que la C.D crea conveniente” (*Libro de actas N° 2, Estatuto*, 11 de mayo de 1913, p. 1). Progresivamente, las actividades deportivas fueron perdiendo importancia y hacia la década de 1920; la Sección Fútbol dejó de existir. A pesar de que inicialmente existieron reclamos de algunos socios, miembros de la Sección Atlética, la comisión demostró un interés cada vez más marcado hacia la gestión de la biblioteca, la organización de los actos patrios y la generación de espacios de encuentros literarios, cinematográficos y bailes sociales. Ya sea por el interés de sus dirigentes como de las comunidades cercanas, que terminaron siendo sus principales socios, el desarrollo de la institución se orientó a ampliar el acceso a la lectura, el consumo de productos culturales y entretenimientos.

Los recursos provenían de las cuotas mensuales de los socios, de las donaciones, de subsidios provinciales y nacionales (la mayoría de estos últimos administrados por la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares) y también las asambleas podían proponer otras vías de ingresos alternativas. Durante las primeras décadas, en el caso capitalino las cuotas societarias se mantuvieron estables: desde su creación hasta los años cuarenta los socios activos abonaban \$0.50 m/n mientras que los protectores y honorarios estaban exentos del pago. En 1932 se contabilizaban 650 socios, lo que daba una recaudación aproximada de \$325m/n mensual, mientras que, en 1943, con 977 socios, la recaudación se elevó proporcionalmente. Ese año se invirtió una suma de \$1.277,70 m/n en compra de libros y \$928,85 m/n en encuadernar ejemplares para una mejor conservación. Además, esta biblioteca destinaba el 30% de los recursos a la compra de útiles y libros escolares para los estudiantes que lo necesitaban. Si sumamos los gastos mensuales de funcionamiento que incluían, entre otras cosas, el salario del bibliotecario, se puede suponer que una parte de estos se cubrían con otros ingresos (especialmente, de las subvenciones estatales). El incumplimiento del pago de las subvenciones generó una serie de expedientes donde se reclamó el desembolso de

las cuotas adeudadas correspondientes a los años 1922, 1927, 1928, 1929 y 1930. En 1932 se informó la existencia de “una cantidad enorme de gente que reclama los servicios de extensión cultural de esta Biblioteca y no podemos, pese a nuestra buena voluntad, satisfacer esas nobles aspiraciones”. (*Expediente 24*, Letra B, Libro 9, 1932) Una década después el reclamo al estado siguió activo “para que de una vez por todas las bibliotecas públicas dejen de vivir en la indigencia”. (*Memoria y Balance de la Biblioteca Mariano Moreno*, 1943, p. 4)

En la biblioteca del Centro Rivadavia, la estructura societal fue manteniendo un número relativamente estable. En 1927 el número de socios del centro era de 254 (*Memoria*, 12 de junio de 1927); en 1945 descendían a 222 (*Memoria*, 18 de junio de 1946), mientras que en 1949 volvieron a aumentar a 256 (*Memoria*, 31 de mayo de 1949). El presidente Aromi, expresaba una preocupación porque una “sociedad de esta índole no debería bajar de 300 socios” (*Memoria*, 18 de junio de 1922), e invitaba a cooperar a toda la comunidad para expandirla. Existían dos formas de ser parte de la biblioteca: una era siendo “socio del centro” quien, además de tener acceso a la biblioteca, tenía derecho a participar en las asambleas y, por supuesto, podía asistir a los eventos sociales y a las actividades culturales. En segundo lugar, se podía ser socio exclusivamente de la biblioteca, aunque esta última categoría fue reduciéndose a medida que aumentaba la primera. A mediados de 1920 los socios del centro llegaban aproximadamente a las 250 personas, mientras que los socios de la biblioteca eran 101 (*Libro de Actas*, N° 2, 1914-1920). Las cuotas variaban dependiendo de la categoría. En 1924 la cuota de ingreso era de \$5 m/n y la mensual de \$1,50 m/n para varones y \$1m/n y \$0,50 m/n para mujeres; los suscriptores de la biblioteca pagaban \$0,50 m/n. En 1948 la cuota aumentó a \$6 m/n para socios activos del Centro y \$3 m/n para suscriptores de la biblioteca (*Memoria*, 31 de mayo de 1949). En cuanto a la constancia del pago mensual, existieron irregularidades por parte de los socios que generaron mecanismos de carácter disciplinario.

Tal como podemos observar en el caudal societario, la Moreno triplicaba el número de socios de la biblioteca sancarlina, lo que implicaba recursos diferenciales entre las mismas. En este panorama, las donaciones de la comunidad fueron fundamentales, no solo para impulsar las bibliotecas, sino también para su posterior

sostenimiento. Así, por ejemplo, en el Centro Rivadavia se pusieron en marcha campañas para recolectar donaciones. Se recibieron todo tipo de insumos (muebles, dinero, ejemplares) de comercios diversos como mueblerías, librerías, imprentas, empresas importadoras, editoriales de revistas y también de particulares. En la Moreno también se recibieron donaciones que permitían tanto renovar el material bibliográfico como realizar sorteos con premios atractivos en los picnics u otras actividades festivas. El alto grado de participación de la ciudadanía en estos eventos da cuenta del impacto social que tenían las bibliotecas no sólo entre sus miembros sino más allá de sus comunidades de lectores.

La huella de los lectores

La incorporación como socio de la biblioteca Mariano Moreno era un proceso dificultoso: además de tener 18 años de edad, había que ejercer una profesión u ocupación “honorable” y ser presentado por dos miembros de la comisión directiva que respaldaran la “conducta y honorabilidad” del aspirante.¹³ En enero de 1931, a pocos meses del primer golpe de estado dirigido por el general José Félix Uriburu, la asamblea decidió reformar los estatutos para, entre otras modificaciones, bajar la edad de los asociados a mayores de 12 años “sin distinción de nacionalidad, creencias, razas o sexos”. De esta manera se dejaba expresamente definida la inclusión de mujeres en la institución. A veinte años de la fundación en la capital santafesina, la biblioteca recibía a “estudiantes, mozos, hombres con traje de obreros, deliciosas muchachas y otras muy serias que vienen a ver obras de consulta necesarias a sus estudios, chiquillos que se acercan a las revistas y los libros de aventuras” (*El Orden*, 22 de setiembre de 1932). En la foto que ilustra la crónica periodística que describe la población lectora, hay un niño arrodillado sobre una de sus piernas leyendo. El zócalo de la fotografía dice: “ha dejado ya los juegos de la calle y busca ahora, frente a un libro, esparcimiento para su curiosidad de saber, cada día, cosas nuevas”. (*El Orden*, 22 de setiembre de 1932) [Imagen 1] Las fuentes sugieren entonces una ampliación del número de lectores y una diversificación de

¹³ Este tipo de socio podía votar en las asambleas, formar parte de la comisión directiva, proponer proyectos, y por supuesto retirar libros de acuerdo con el reglamento. Los protectores y honorarios que no pagaban la cuota y tenían la posibilidad de concurrir a las actividades de la biblioteca y retirar libros para leerlos en sus domicilios. (*Estatutos Mariano Moreno*, 1912)

género y edades que repercutió en la fisonomía de la institución que dispuso una de sus dos salas de lectura exclusivamente para el público escolar.

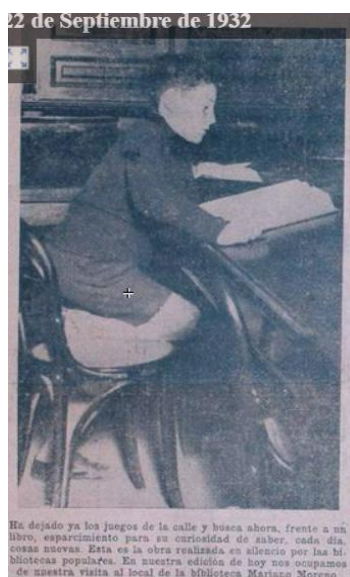


Imagen 1. *El Orden*, 22 de setiembre de 1932

En la biblioteca del Centro Rivadavia, al igual que en la Moreno, se distinguían socios activos o “contribuyentes” y honorarios que estaban exentos de abonar la cuota. La novedad de la reforma de 1933 es que se incorporaba la categoría de socios protectores para sociedades y personas jurídicas que abonaban cuota societaria. Esta categoría ilumina los vínculos entre asociaciones locales y el Centro Rivadavia que en diversas ocasiones conformaron comisiones especiales para la organización de fiestas, dividiendo los beneficios. Una diferencia entre ambas bibliotecas era la captación del público infantil, mientras en la capitalina se redujo la edad de los socios y se creó una sala especialmente reservada para los escolares, en la sancarlina (a pesar de lo declarado en los estatutos) la sala de lectura para niños se creó recién en la década de 1980.

Tal como señala De Certeau (2000), existen múltiples formas o maneras de leer, tanto en lo relativo al terreno de las interpretaciones como de las conductas involucradas en la práctica de la lectura. Esta heterogeneidad inherente a la acción planteaba un conflicto con las reglas que disponían las bibliotecas para regular la relación del lector con el libro, definiendo tiempos, espacios y marcaciones

permitidas. Entre ambas dimensiones, la del dispositivo y la del sujeto, surgen “prácticas a través de las cuales los usuarios se reapropian del espacio organizado” por los gestores culturales (pp. XLIV-XLV). En la biblioteca Mariano Moreno, el reglamento interno de 1912 disponía que las obras podían ser retiradas por 15 días, con posibilidad de volver a sacarla si no había sido solicitada por otro socio. No se podía sacar más de un volumen a la vez. Cada día pasado el plazo de la tenencia, el socio debía pagar 0.10\$ m/n.¹⁴ Si el socio enviaba a otra persona a retirar un libro, este debía contar con una “orden por escrito”. Había libros que no salían de la biblioteca como los diccionarios, las enciclopedias, las ediciones agotadas, los atlas, grabados, vistas, revistas, periódicos y diarios. Los concurrentes a la sala de lectura que no fueran socios no podían reservar los libros para proseguir la lectura. Según consta en el reglamento de 1912, los lectores dejaban marcas en los textos, por lo cual se dejaba expresamente prohibido “doblar las hojas de los libros como señal y hacer anotaciones en ellos”, pero sí se permitía usar una cinta de papel o género como señalador personal de lectura. Estas prácticas muestran la “desacralización de la palabra impresa” entre los nuevos lectores y la consolidación de una lectura extensiva (Darnton, 2010, p. 143).

En cuanto a la biblioteca del Centro Rivadavia, las reglamentaciones en torno al cuidado y respeto por los libros eran muy similares. En caso de pérdida o rotura, el socio debía abonar el monto correspondiente a esa obra o adquirir la misma para reponerla. Cuando los socios deseaban libros que estaban en “circulación”, podían solicitar la reserva y llevar un solo volumen cada vez por el término de 10 días. Evidentemente, el plazo resultaba insuficiente para los lectores, porque en la reforma de 1927 se extendió a 15 días (por el atraso se cobraban multas de \$0,5 centavos diarios). La sala de lectura, como toda biblioteca popular, estaba abierta al público en general que podía acceder a los libros, diarios, revistas. Para 1917 se estimaba una asistencia a la sala de lectura de 20 personas por día (*El Comercio*, 20 de enero de 1918) y para 1922 eran 15 personas diarias entre las cuales había una gran proporción de mujeres (*El Comercio*, 7 de enero de 1922). En esta biblioteca la lectura se configuró como una práctica individual, regulada por el silencio en la sala

¹⁴ Cuando se reforman los estatutos (1931), se resuelve dejar sin efecto el artículo que refiere a las multas o penas por demoras de la devolución.

de lectura, la mediación del bibliotecario, etc. La realización de conferencias era muy poco habitual a diferencia de la Moreno donde eran actividades frecuentes.

El papel del bibliotecario era central en su rol de mediador entre los libros y el lector, ya que el reglamento estipulaba que el suscriptor no podía buscar él mismo lo que quería leer, explicando que “los libros deben pedirse al bibliotecario, recibirlos de sus manos y devolverlos del mismo modo” (*Reglamento. Libro de Actas, N°100*, 16 de marzo de 1914, p. 18). A diferencia de la Moreno, en dicha biblioteca la elección de las obras por adquirir, la distribución de estas, los controles y la vigilancia estaban en manos del director, quien ante cualquier inconveniente podía intervenir “resolviendo las dudas que surgieren”. El comportamiento en la sala de lectura y la relación del lector con los libros era una fuente de preocupación constante. Existen registros del incumplimiento de los socios en la devolución de los libros (a destiempo o en mal estado), como también del manoseo en los estantes y de la costumbre de retirar revistas fuera del local. En 1927 todavía se seguían buscando modos de disciplinar estos comportamientos e imponer otros como el silencio en el recinto a través de carteles (*Libro de Actas*, 23 de septiembre de 1927, p. 330) [Imagen 2], y el respeto por la función del bibliotecario (*Libro de Actas*, 14 de enero de 1919, p. 120).

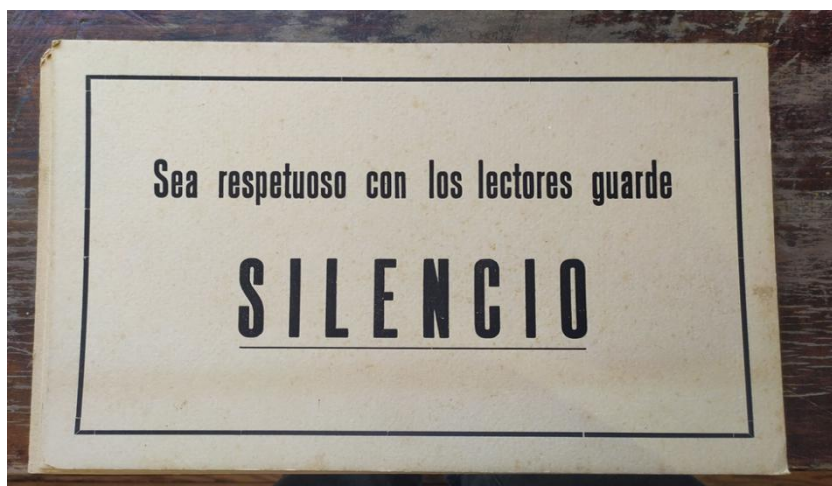


Imagen 2. Carteles de la Biblioteca. Archivo del Centro Rivadavia (1927).

En el balance de 1943, la Biblioteca Moreno contabilizaba 977 socios, informaba que se retiraron 1485 obras mensuales y se consultaron 830 volúmenes

mensuales en las salas de “estudio y consulta”. En cuanto al género más solicitado durante 1934, claramente predominaba el de Ciencias (12.907 consultas), seguido por literatura (6.569 consultas) (*Anuario Estadístico de la Ciudad de Santa Fe, 1934*, p. 174). La misma tendencia se observa en 1935, mientras que en 1936 el género más solicitado fue el de literatura. En la biblioteca Rivadavia, los libros retirados a domicilio en 1917 fueron 1700 volúmenes, en 1918 fueron 2400, y en 1919 se retiraron 2852. En 1945, la cantidad de libros retirados a domicilio se mantuvo, ya que con 121 socios se llevaron 2129 libros al año (*Memoria*, 18 de junio de 1946). La biblioteca sancarlina contaba con un conjunto de obras que en su mayoría habían sido resultado de la campaña de donación, y muchas otras habían sido adquiridas por intermedio de la Comisión Protectora. En el inventario de existencias de 1914-1915, existía un gran predominio de atlas geográficos, libros de historia nacional y provincial, biografías de próceres, libros de aritmética, colecciones de manuales varios, diccionarios (de diversos idiomas), tomos de La Nación, entre otros. En los libros de préstamos disponibles del período 1917-1921 predominan novelas de Alejandro Dumas,¹⁵ Emilio Salgari,¹⁶ Enrique Pérez Escrich¹⁷ y Carolina Invernizio¹⁸. Además, entre las colecciones se destacaba *El tesoro de la Juventud*, una enciclopedia muy importante para esta época (Sonzogni, 2017) cuya compra fue recomendada por Ernesto Weimuller quien formó de la comisión directiva fundadora y se desempeñó como maestro de grado y director en el Instituto Pestalozzi (luego denominado “Escuela primaria Wehimuller”).

La centralidad que adquirió la literatura y especialmente la novela en ambas bibliotecas se produjo en el contexto de una política de lectura impulsada por la Comisión Protectora bajo recomendaciones a través de catálogos (Coria, 2025; Planas, 2021).¹⁹ De esta manera, se confirma una tendencia ya analizada para otros

¹⁵ *La mano del Muerto, La villa Palmieri, Los cuarenta y cinco, La San Felice, La Reina Margot, La dama de las camelias, Los tres mosqueteros, El collar de la Reina, Memorias de un médico, Los Médicis.*

¹⁶ *La capitana del Yucatán, Los Misterios de la Jungla Negra, Los Estranguladores, La venganza de Sandokán, La conquista de un imperio, Los dramas de la esclavitud, Los tigres de Malasia, El rey del Mar.*

¹⁷ *El amor de los amores, El cura de Aldea, La mujer adúltera, Los Matrimonios del diablo: novela de costumbres, El pan de los pobres.*

¹⁸ *El beso de una muerta, Justicia divina, La hija del cementerio, Cadena eterna, Un crimen en automóvil, La hora de la muerte, El espectro del pasado, El crimen de la calle Roma.*

¹⁹ En 1915 la Comisión Protectora había comprado 276 volúmenes remitidos a la biblioteca del Centro Rivadavia (*Memoria Comisión*, 1917; p.117), por \$619, 80 m/n, y para 1916 contabilizaba 63 libros del depósito remitidos y 120 libros adquiridos por \$185,94 m/n. (*MEMORIA de la Comisión*

casos como las bibliotecas del sudoeste bonaerense (Agesta, 2025b), La Plata (Fiebelkorn, 2025) y Rosario (Roldán, 2012). No obstante, la existencia de libros de estudio, como enciclopedias o atlas de historia, geografía, aritmética, biografías de próceres, diccionarios, ratifican la función complementaria con el sistema educativo. Desde la sanción de la ley 419 (Planas, 2017), y a lo largo del siglo XX, las bibliotecas populares fueron un dispositivo para educar al ciudadano en paralelo a las escuelas públicas y “complementar el rol de otras instituciones de la cultura” (Coria, 2022).

La constitución de “comunidades de lectores” requería, además del consumo de lecturas, la realización de actividades que creaban efectos de comunidad (Rubinzal y Zanca, 2015). Los estatutos del Centro Rivadavia proponían “estrechar los vínculos sociales de sus adherentes por medio de fiestas, conferencias y otros actos” (*Libro de Actas N° 2, Estatuto*; 25 de agosto de 1933, p. 504). En efecto, como ya se ha señalado, la biblioteca organizó bailes sociales, veladas cinematográficas o literario-musicales, fiestas de disfraces y bazares que las comisiones priorizaron no solo como medio de financiamiento, sino como parte de la vida comunitaria en tanto participaba gran parte de la población sancarlina. En el caso de los bailes sociales existieron restricciones de acceso: tenían que ser socios del Centro y recibir la invitación impresa. Los invitados podían asistir con tres miembros de la familia como acompañantes, mientras que los denominados “forasteros” (persona extranjera de San Carlos) debían tener una autorización de la comisión directiva para asistir y, además, pagar una entrada (de \$5 m/n en 1932). En el reglamento de actos sociales (*Libro de actas N° 2, Reglamento*; 2 de agosto de 1927, p. 324) se reservaban el derecho de “negar la entrada” al salón de fiestas a los invitados que no se presentaban de forma correcta. Los bailes constituyeron momentos de esparcimiento y socialización, donde -según los registros periodísticos- reinaba el entusiasmo, la simpatía y “amenidad de la reunión” familiar (*El comercio*, 30 de

Protectora de Bibliotecas Populares, correspondiente a los años de 1915 y 1916). A partir de la restitución de la ley 419, en 1908, y durante los primeros años de funcionamiento las acciones mínimas: “no involucraban iniciativas de enriquecimiento bibliográfico del acervo de las bibliotecas populares” (Coria, 2023, p. 37). El vínculo establecido con la Comisión Protectora se basó, en un temprano reconocimiento institucional y otorgamiento de subsidios desde 1914 (*Correspondencia del Centro*, 24 de julio de 1913/ Ministerio de Hacienda y Culto, Anexo de la Memoria presentada al Congreso Nacional, 1914). No obstante, fueron muy comunes los reclamos por demoras en el cobro de esos fondos que resultaban esenciales en su sostenimiento.

mayo de 1936). [Imagen 3] No obstante, la discrecionalidad en el ingreso dejaba fuera a muchas personas. Esta acción, presumiblemente, minimizaba los conflictos dentro de los bailes ya que propiciaba la presencia de un universo limitado de la comunidad sancarlina.



Imagen 3. Invitación al Baile organizado por el Centro, en "El Comercio". Archivo de la Biblioteca Centro Rivadavia.

En la ciudad capital, la vida cotidiana de la biblioteca incluía días de esparcimiento al aire libre y concursos escolares. Por ejemplo, en 1932 al cumplirse los 20 años de la creación de la Moreno se realizó un pícnic en la Quinta Asturiana, mientras que el 22° aniversario fue celebrado con un concurso de escolares que demostraron sus "conocimientos adquiridos, su educación y sus deseos de aprender y superarse" (*El Litoral*, 5 de octubre de 1934). También se realizaban torneos de ajedrez con periodicidad, conferencias y actividades literarias como el "Primer salón santafesino del poema ilustrado". En 1942, las actividades por los 30 años de la institución incluyeron una exposición de acuarelistas santafesinos y una serie de conferencias de personalidades de la ciudad, pero también de otras provincias.²⁰ También organizaron festivales "que constituyeron motivos de esparcimiento para socios y familiares" y una cena en la cual estuvieron presentes importantes agentes

²⁰ Las conferencias fueron las siguientes: "Libertad individual y solidaridad social" por Simón Neuschlosz, "Mariano Moreno y sus ideas políticas" por Salvador Dana Montaña y "La vida de Almagro" por Blanco Boeri de la Agrupación Bases de la Plata, creada en 1928 que tuvo un gran dinamismo en la vida cultural bonaerense.

del estado provincial.²¹ Todas estas actividades culturales y recreativas tuvieron incidencia directa en la creación y fortalecimiento de lazos entre la comunidad de lectores que compartían lecturas, gustos, preferencias y valores socialmente relevantes.

Conclusiones

El argumento principal de este artículo es que las bibliotecas populares tuvieron un rol destacado en el proceso de modernización cultural que atravesó ciudades y pueblos semirurales en el territorio provincial. En tanto dispositivos culturales, actuaron configurando identidades locales, expandiendo la lectura entre la población trabajadora, produciendo subjetividades, difundiendo valores, normas y delineando prácticas ideales de lectura y socialización.

Analizamos las primeras décadas de dichos dispositivos, detectando la incorporación de nuevos lectores a la comunidad, a saber, las mujeres y las infancias. La inclusión de los nuevos consumidores implicó una reacomodación del espacio (creando salas de lecturas exclusivas para escolares en el caso capitalino), la adquisición de literatura específica y las modificaciones del marco regulatorio de cada una de las bibliotecas que en sus orígenes fueron gobernadas y habitadas casi exclusivamente por varones. La estructura socio profesional de las comisiones directivas muestran una participación de miembros con poder económico y simbólico en el caso sancarlino, en contraste con el caso capitalino cuyas ocupaciones aparentemente estarían ligadas al mundo del trabajo obrero, como el trabajador portuario que fue el primer bibliotecario de la institución. Mientras las infancias obreras fueron un sector clave del perfil de la biblioteca capitalina, en la sancarlina estos lectores tuvieron que esperar varias décadas para ser incluidos. La regulación de las prácticas de los lectores tuvo un papel significativo en las gestiones a partir de la sanción a quienes tuvieran acciones inadecuadas con los libros y revistas o en las salas de lectura. De la misma manera, se esforzaron por controlar el lenguaje, los gestos y los intercambios de los miembros de la comunidad en las

²¹ Leoncio Gianello (Presidente del Consejo General de Educación), Héctor Gómez Iriondo (Subsecretario del Ministerio de Instrucción Pública) en representación del gobernador de la provincia y Guillermo Fradegrada (Subinspector General de escuelas).

asambleas y reuniones de las comisiones directivas disponiendo de un conjunto de medidas punitivas. En estas acciones discursivas, en las condiciones para formar parte de las bibliotecas y en el control de la asistencia a los bailes (en el caso de San Carlos) se puede observar claramente la función performativa y, a la vez, excluyente del dispositivo.

Al mismo tiempo, las bibliotecas crearon lazos perdurables entre los lectores que fueron ampliando el consumo cultural a partir de una oferta heterogénea de productos que circularon en estos espacios. Observando el conjunto de las actividades que se desarrollaban en aquellas, se argumenta que fue un corpus coherente con los ideales expresados por los fundadores y gestores, cuyo programa cultural no solo se orientaba solo a expandir la lectura, sino que incluía democratizar el acceso a los bienes culturales. La comparación entre ambos dispositivos muestra que, más allá de las diferencias señaladas en el transcurso de este escrito, hay un núcleo invariante tanto en los propósitos que dan sentido a las bibliotecas como en la regulación y reglamentación de estas. Los valores morales y culturales socialmente relevantes -entre ellos cabe destacar el valor del libro- formaban el sustrato a partir del cual se definían las reglas, las formas de lectura y las dinámicas de intercambio y sociabilidad deseables para las comunidades de lectores santafesinos.

Referencias bibliográficas

- Agamben, G. (2014). *Qué es un dispositivo*. Adriana Hidalgo editora.
- Agesta, M. de las N. (2025a). *Predicar la palabra. Bibliotecas populares de la costa sur bonaerense en el entresiglos*. Eduvim.
- Agesta, M. de las N. (2025.b). Sociabilidad criolla o el affaire del Club Social. Tensiones y conflictos de la “pequeña república” en el sudoeste bonaerense (Puan, 1911-1913). En J. López Pascual y J. B. Marcilese (Coord.). *Entre lo político y lo público. Sociabilidades bonaerenses durante el siglo XX* (pp. 28-66). Edius. <https://ediuns.com.ar/producto/entre-lo-politico-y-lo-publico-sociabilidades-bonaerenses-durante-el-siglo-xx/>
- Baretta M. (2021). *Inmigración y políticas del lenguaje. Lectura, escritura y diversidad lingüística durante la colonización agrícola de Santa Fe (1856-1880)*. [Tesis de doctorado]. FFyL, UBA. <http://repositorio.filo.uba.ar/handle/filodigital/14428>
- Biblioteca Mariano Moreno (1912). *Estatutos Biblioteca Mariano Moreno*.
- Biblioteca Mariano Moreno (1949). *Memoria y Balance*.
- Berman, M. (1989). *Todo lo sólido se desvanece en el aire: la experiencia de la modernidad*. Siglo XXI.
- Bouchard, V. (1882). *Informe de la Inspección de Colonias*. Archivo General de la Provincia de Santa Fe. Sección: Ministerio de Gobierno/serie: Notas, Tomo 107, 1882-1883, Leg. 10.
- Campobassi, J. J. (1944). El analfabetismo en la Argentina. *El Monitor de la Educación Común*, 63(859), 10-32.
- Caracciolo, M. (2025). *Tramas de Valor en los Territorios. Trabajos Remunerados y No Remunerados*. <https://bepe.org.ar/biblioteca/items/show/371>
- Castro, H. (2018). Lo rural en cuestión: perspectivas y debates sobre un concepto clave. En H. Castro y M. Arzeno (Coord), *Lo rural en redefinición. Aproximaciones y estrategias desde la geografía*. Biblos.
- Centro Rivadavia. (1922, 1927, 1946, 1949). *Memoria de presidencia*.
- Centro Rivadavia. (1913-1933). *Libro de Actas N°2 (1-572)*.
- Centro Rivadavia. (1914). *Correspondencia del Centro Rivadavia*.
- Citroni, J. (2023). El proceso de construcción y expansión de la ciudad. En L. Alonso (Coord.), *Historias de Santa Fe, de la ciudad moderna a la actualidad. Tomo 2: Modernización, desarrollo y conflictos en una capital de provincia* (pp.9-29). Universidad Nacional del Litoral, Municipalidad de Santa Fe <https://hdl.handle.net/11185/7287>
- Consejo General de Educación, Provincia de Santa Fe. (1912-1918-1925-1937). *Censo Escolar de la Provincia de Santa Fe*. AGPSF
- Coria, M. (10-13 de mayo de 2022). *El espacio social de las bibliotecas populares en vinculación con la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares (1933-1952)*. [Ponencia] XVIII Jornadas Interescuelas Departamentos de Historia, Santiago del Estero, Argentina. https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.15629/ev.15629.pdf
- Coria, M. (2025). Qué libros debía tener una biblioteca popular: Recomendaciones bibliográficas de la Comisión Protectora de las Bibliotecas Populares (1933-

- 1949). *Revista interamericana de bibliotecología*, 48(2), 1-11. <http://dx.doi.org/10.17533/udea.rib.v48n2e359084>
- Darnton, R (2010). *El beso de Lamourette: reflexiones sobre historia cultural*. Fondo de Cultura Económica.
- Dirección de Estadística Municipal de la Ciudad de Santa Fe (1934). *Anuario Estadístico de la Ciudad de Santa Fe*.
- De Certeau, M. (2000[1990]). *La invención de lo cotidiano. El arte de hacer. Tomo I*. Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia.
- De Marco, M. A. (2013). La Biblioteca de la Asociación del Consejo de Mujeres El legado de un empeño secular de educación popular. *Revista de la Bolsa de Comercio de Rosario*, (1520), 46-52. https://biblio.bcr.com.ar/cgi-bin/koha/opacdetail.pl?biblionumber=39304&query_desc=au%3A%22De%20Marco%2C%20Miguel%20%20C%81ngel%22
- Devoto, F. (2004). La historia comparada entre el método y la práctica: un itinerario historiográfico. *Prismas*, 8(2), 229-243. <https://prismas.unq.edu.ar/OJS/index.php/Prismas/article/view/1003>
- El Comercio*, Bibliotecas Populares. Su instalación en San Carlos. (30 de abril de 1911).
- El Comercio*, Centro Rivadavia. (20 de enero de 1918).
- El Comercio*, Nuestras estadísticas. Centro Rivadavia. (7 de enero de 1922).
- El Comercio*, Con éxito alcanzo el Baile del Centro Rivadavia. (30 de mayo de 1936).
- El Litoral*, La biblioteca M. Moreno celebró su 22° aniversario. (5 de octubre de 1934)
- El Litoral*, Vigésimo aniversario de una biblioteca. (10 de diciembre de 1932)
- El Orden*, Obra cultural de la Biblioteca Mariano Moreno. (22 de setiembre de 1932).
- Fernández, S. (2013). Sociabilidad, arte y cultura. Una experiencia en la Argentina de entreguerras. *História Unisinos*, 17(3), 248-256. <http://www.revistas.unisinos.br/index.php/historia/article/view/4251>
- Fiebelkorn, A. (2021). ¿Faros en la ruta de la cultura? Bibliotecas populares platenses en la trama de sociabilidades y construcciones identitarias urbanas durante el período de entreguerras. [Tesis de posgrado] Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata. <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.2067/te.2067.pdf>
- Fiebelkorn, A. (2025). *Senderos culturales. Bibliotecas populares y sociabilidades en la capital bonaerense (1882-1950)*. Eduvin.
- García, N. (2014). *El caso Vigil. Historia sociocultural, política y educativa de la Biblioteca Vigil (1933-1981)*. FHUMYAR Ediciones, UNR.
- González, G. (2023). *De bibliotecas, lectores y libros en Santa Fe. Del Sitio Viejo a nuestros días*. Ediciones UNL.
- Horowitz, J. (2016). *Finding a Place to Read: Popular Libraries in Greater Buenos Aires before 1945* [ponencia]. Seminario de discusión del Programa de Estudios sobre Saberes de Estado y Elites Estatales. Buenos Aires.
- Hourcade, E. (1999). La pampa gringa, invención de una sociabilidad europea en el desierto. En F. Devoto y M. Madero (Dir.). *Historia de la vida privada en la Argentina, Tomo 2: La Argentina plural 1870-1930* (pp. 161-183). Taurus.
- Lanzillotta, M. A. y Oviedo, M. (2018). Difundir cultura e ilustración. Las bibliotecas populares en la trama de la sociabilidad de las poblaciones pampeanas (1905-1955). *Historia y Espacio*, 14(51), 75-107. <https://doi.org/10.25100/hye.v14i51.6985>

- Malla, J. (2006). *Historia del barrio Tablada y de la biblioteca Vigil*. Asociación Vecinal Rosario Sud Este.
- Manera, G. A. (2025). *Las bibliotecas públicas de Rafaela: historia y aporte sociocultural*. Dos Agujas Editorial.
- Martínez, M. B. (2019). Encuadernaciones en el fondo antiguo de la Biblioteca Pública UNL "Dr. José Gálvez" de la ciudad de Santa Fe. Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Universidad Nacional del Litoral.
- Martirén, J. L. (2016). *La transformación farmer. Colonización agrícola y crecimiento económico en la provincia de Santa Fe en la segunda mitad del siglo XIX*. Prometeo.
- Martocci, F. (2015). *La política cultural del Partido Socialista en el Territorio Nacional de la Pampa: Dispositivos y prácticas de intervención de sus dirigentes e intelectuales (1913-1939)*. Editorial de la Universidad Nacional de La Pampa.
- Mayol, M. (2023). Bibliotecas escolares en la Norpatagonia argentina: el lugar de la comunidad vecinal (1884-1930). *Anuario de Historia de la Educación*, 24(1), 52-67. <https://www.saiehe.org.ar/anuario/revista/article/view/349>
- Müller, L. (2011). *Modernidades de Provincia: estado y arquitectura en la ciudad de Santa Fe (1935-1943)*. Universidad Nacional del Litoral.
- Nicoletti, M.J. (1998). *Entre el baile popular y el match de ajedrez. Los espacios de sociabilidad urbana de los años treinta. El caso de la Biblioteca Popular "Homero" de Barrio Refinería. Rosario 1936-1939*. [Seminario] Seminario Regional, Escuela de Historia, Facultad de Humanidades y Artes, U.N.R. Mimeo.
- Pasolini, R. (1997). Entre la evasión y el humanismo. Lecturas, lectores y cultura de los sectores populares: La biblioteca Juan B Justo de Tandil, 1928-1945. *Anuario IEHS*, (12), 373-401.
- Parada, A. E. (2007). *Cuando los lectores nos susurran. Libros, lecturas, bibliotecas, sociedad y prácticas editoriales en la Argentina*. Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- Planas, J. (2017). *Libros, lectores y sociabilidades de lectura: Una historia de los orígenes de las bibliotecas populares en la Argentina*. Ampersand.
- Planas, J. (2021). Bibliotecas populares elementales: una política de colecciones para las bibliotecas argentinas durante la década de 1910. *Orbis Tertius* 26(34). <http://dx.doi.org/10.24215/18517811e208>
- Planas, J. (2022). Dos buenas razones para estudiar la historia de las bibliotecas populares. *Anuario sobre Bibliotecas, Archivos y Museos Escolares*, 2, 131-140. <https://cendie.abc.gob.ar/revistas/index.php/abame/article/view/1437>
- Quiroga, N. (2003). Lectura y política. Los lectores de la biblioteca popular juventud moderada de Mar del Plata (fines de los años treinta y principio de los cuarenta). *Anuario IEHS* (18), 449-474.
- Rabinovich, S. (2009). Una avanzada en el barrio: José María Torrejón y el inicio de los Ciclos Artísticos, Científicos y Culturales en la Biblioteca Mitre. *Avances del Cesor*, (6), 65-79. <https://biblat.unam.mx/hevila/AvancesdelCESOR/2009/no6/4.pdf>
- República Argentina, Comisión Nacional del Censo. (1916). *Tercer censo nacional: Levantado el 1º de junio de 1914 (Vol. 3: Población)*. Talleres Gráficos de L. J. Rosso y Cía.

[https://www.santafe.gov.ar/index.php/web/content/view/full/117524/\(subject\)/93664](https://www.santafe.gov.ar/index.php/web/content/view/full/117524/(subject)/93664)

- Rodríguez, M. E. (2017). *Discursos y representaciones sociales en los orígenes de bibliotecas populares de la ciudad de Santa Fe (1900-1920)*. [Tesis de licenciatura en Bibliotecología] FHUC, UNL. <http://hdl.handle.net/11185/1139>
- Roldán, D. P. (2012). *La invención de las masas. Ciudad, corporalidades y cultura. Rosario, 1910-1945*. Universidad Nacional de La Plata.
- Roldán, D. P. (2014). Gramáticas híbridas: Interacciones de las bibliotecas populares y la cultura de masas: Rosario en la entreguerra. En M. S. Bravo y S. R. Fernández (Coords.) *Formando el espacio público: Asociacionismos y política Siglos XIX y XX* (pp. 135-157). Editorial de la Universidad Nacional de Tucumán.
- Rubinzal, M. y Zanca, J. (2015). "Primeras Armas" y sus pequeños lectores en la Argentina católica de entreguerra. *Iberoamericana*, 15(60), 117-32. <http://dx.doi.org/10.18441/ibam.15.2015.60.117-132>
- Rubinzal, M. (2022). Editoriales, imprentas y lectores en Santa Fe durante la década de 1930. En S. Fernández, R. Man y P. Sedrán (Coord.), *Santa Fe en el escenario de la entreguerra: conflicto, solidaridades y tendencias* (pp.129-158). ISHIR, UNR. <http://hdl.handle.net/11336/203112>
- Rubinzal, M. (2023). Industrias y consumos culturales en la primera mitad del siglo XX. En L. Alonso (Coord.). *Modernización, desarrollo y conflictos en una capital de provincia, Santa Fe* (pp.185-205). Ediciones UNL. <https://hdl.handle.net/11185/7287>
- Sik, E. (2018). La creación de bibliotecas durante el apogeo del anarquismo argentino, 1898-1905. *Historia y Espacio*, 14(51), 49-74. <https://doi.org/10.25100/hye.v14i51.6984>
- Sonzogni, E. (2017). Una propuesta editorial para la modernidad: El Tesoro de la Juventud o Enciclopedia de Conocimientos de la Editorial W. M. Jackson. *Estudios del ISHiR*, 7(18), 110-134. <https://doi.org/10.35305/eishir.v7i18.746>